

La novela española de tesis religiosa: de Unamuno a Miró¹

POR
BRIAN JOHN DENDLE
University of Kentucky

Hace ya más de un cuarto de siglo, uno de mis profesores de Princeton me sugirió, como tema de tesis doctoral, la novela de tesis religiosa, diciéndome que había quizás unas tres o cuatro novelas españolas cuyo tema era de polémica religiosa y que sería interesante establecer una comparación entre ellas. Me puse a leer esas cuatro novelas, esperando, con el entusiasmo y las ilusiones de la juventud, sacar conclusiones sobre la conexión, si tal había, entre novela e ideología. Después de haber leído unas noventa novelas españolas de tesis religiosa o, más bien, de tesis anticlerical, escritas entre 1876 y 1936, con su correspondiente bibliografía, y sabiendo que existían algunos centenares más sobre el mismo tema, decidí dar por concluida mi tarea. Lo que voy a hacer hoy es presentaros una visión panorámica —y simplificada— de estas novelas, dando especial atención a las novelas del siglo XX.

Hubo en la Europa occidental del siglo XIX, aquel siglo de progreso científico y material, renovado interés —si hacemos comparación con el siglo XVIII— en cuestiones religiosas. Para algunos conservadores, temiendo el trastorno social, la religión representaba un baluarte contra el socialismo; pensamos, por ejemplo, en la visión paranoica de Donoso Cortés. Con fines quizá más espirituales, ciertas iglesias protestantes del norte de Europa mostraban un celo misionero en gran parte del globo, protestaban contra los

¹ Conferencia pronunciada el 31 de mayo de 1988 en las IV Jornadas de Actualización Metodológica y Científica sobre Literatura Española del siglo XX, organizadas por el Departamento de Filología Española, Lingüística General y Teoría de la Literatura, de la Universidad de Murcia. Quiero expresar mi profundo agradecimiento a la amable hospitalidad ofrecida en esta ocasión por los organizadores de las Jornadas. La conferencia corresponde parcialmente a mi libro *The Spanish Novel of Religious Thesis* (Madrid: Castalia, 1968).

horrores de la revolución industrial y, en el caso de la iglesia anglicana, buscaban una renovada espiritualidad. En la iglesia católica, se proclamaron dos nuevas doctrinas —la de la Concepción Inmaculada y la de la Infallibilidad papal— y, con la encíclica *Rerum Novarum* de 1891, se propuso una solución católica del problema social. Hubo también agresivas campañas, si no contra la religión misma, contra el papel de la iglesia: muchos católicos del norte y del centro de Europa protestaron contra la proclamación de la infalibilidad papal; Bismarck, con su *Kulturkampf*, trató de establecer la supremacía del Estado sobre la iglesia; el establecimiento del reino de Italia ocasionó notables conflictos entre el gobierno italiano y el Vaticano. En el campo intelectual, ciertos católicos liberales —sobre todo franceses y belgas— se sintieron decepcionados ante la encíclica *Quanta cura* (1864). Nuevas ideas científicas, como las teorías de Darwin sobre el origen de las especies, dieron lugar a debates sobre la relevancia de la iglesia en el mundo moderno.

En España hubo problemas especiales, tales como un fuerte anticlericalismo (cada revuelta política se acompañaba de la quema de iglesias y de conventos), la cuestión de los bienes de la iglesia después de la desamortización de Mendizábal, la hostilidad del estado liberal contra ciertos órdenes religiosos (contra los jesuitas, sobre todo), la intransigencia de muchos católicos (recordamos el libro de Félix Sardá titulado *El liberalismo es pecado* y las ideas nacional-católicas del joven Menéndez Pelayo) y la formación de ideologías pseudo-religiosas (el krausismo entre los intelectuales, el anarquismo entre las clases más pobres).

La fecha clave para la consideración de la novela de tesis religiosa es la Revolución de 1868. En las Cortes Constituyentes de 1869 se debatió la libertad de cultos; revistas como la *Revista de España*, dirigida durante cierta época por Benito Pérez Galdós, y la *Revista Europea*, dirigida por Armando Palacio Valdés, ofrecieron contactos con el mundo intelectual del resto de Europa. Con el caos de la Primera República y la tercera guerra carlista, se llegó a dudar la misma supervivencia de España.

Un tono de polémica, de agresividad, se nota en las novelas de los años 70. En *Doña Perfecta*, en *Gloria* y en *La familia de León Roch*, Galdós protesta contra la intrusión clerical en la vida de la familia. En *Marta y María* (1883), Palacio Valdés sugiere una conexión entre el misticismo y la perversión sexual; María, la futura novicia que se estremece de placer al ser flagelada, es masoquista y sáfica; los cristianos tibios, los que aman a los otros y no hacen gran caso de los ritos y doctrinas de la iglesia, merecen la aprobación del novelista asturiano. En *La espuma* (1891), Palacio Valdés denuncia la fatuidad de muchos sacerdotes y la identificación de la iglesia con los intereses de los ricos; en esta novela, un médico socialista defiende la causa de los oprimidos. Un año más tarde, en *La fe*, Palacio Valdés retrata a clérigos ignorantes, brutales, hipócritas y perversos; el padre Gil, antes de refugiarse en un misticismo poco creíble, descubre que la religión es un mito infantil. En la misma década de los 90, Pérez Galdós modera hasta cierto punto su actitud anticlerical. Así en *Nazarín* retrata a un pobre clérigo que imita a Cristo; sin

embargo, el narrador irónico deja sin contestar la cuestión de la santidad o la locura de Nazarín.

El novelista anticlerical por excelencia es Vicente Blasco Ibáñez. En novelas como *Viva la república* y *La araña negra* (1892) (repudiadas más tarde por el novelista valenciano), la Revolución Francesa representa el verdadero espíritu cristiano; son los revolucionarios y ateos quienes siguen el ejemplo de Cristo. Los fanáticos católicos no solamente son unos salvajes ignorantes y brutales; a veces practican el canibalismo. Blasco Ibáñez ataca sobre todo a los jesuitas, que para él son la encarnación del mal. Así, en quizá la escena más sacrílega de la literatura española, en *La araña negra*, un jesuita envenena la hostia tragada por el jefe de la orden, quien la vomita, gritando «Mierda».

En su extremismo e intransigencia, las novelas del siglo XIX de tesis católica, como *El escándalo*, *El niño de la Bola* y *La pródiga* de Alarcón y *Don Gonzalo González de la Gonzalera* y *De tal palo, tal astilla*, de Pereda, se parecen a las novelas anticlericales. Los jóvenes protagonistas católicos poseen todas las virtudes; los ateos son sin excepción unos desgraciados o unos malvados. Así, el racionalista Vitriolo en *El niño de la bola* es ateo porque es bizco, jorobado, calvo y prematuramente senil, tiene los dientes podridos y huele mal. En *La pródiga*, Julia pierde la fe porque ha leído a Byron y a Voltaire; no tiene más remedio que suicidarse. Antes de morir, se dirige al Cristo, exclamando: «¡Yo no creo en tu divino poder, y por eso me suicido!» En *De tal palo, tal astilla* de Pereda, el ateo Fernando, en contraste con la creyente Agueda, «mártir heroica de la fe», se suicida también; la culpa es de su padre quien no le había educado cristianamente. Para Alarcón y para Pereda, la religión es cuestión del corazón y de la tradición, no del intelecto; es sobre todo un refugio contra las tribulaciones del mundo. En realidad, representa una visión bastante pesimista. Así, en el caso de Pereda, como ha indicado acertadamente Montesinos² los pueblos idílicos de la montaña ofrecen poca resistencia a las ideas corruptoras del mundo moderno. En *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, por ejemplo, en unos días la taberna vence fácilmente a la creencia religiosa.

Otras novelas católicas de esta época dignas de mención son *Pequeñeces* del padre Luis Coloma y *Una cristiana*, *La prueba* de Emilia Pardo Bazán. En la novela de Coloma, una sátira de las costumbres frívolas de la aristocracia, Dios interviene para castigar a los pecadores y para recompensar a los virtuosos. A veces, la intervención de la Divina Providencia asombra; así dos niños inocentes mueren para cumplir «una tremenda justicia de Dios», eso es, castigar la frivolidad de sus aristócratas madres. La novela de Pardo Bazán —*Una cristiana*, *La prueba*— ejemplifica la virtud medieval de la esposa cristiana. A pesar de la repugnancia instintiva que siente hacia su marido —el

2 Véase MONTESINOS, J. F.: *Pereda o la novela idilio* (México: Colegio de México, 1961).

cual tiene sangre judía— Carmen, la esposa modelo, le cuida y aun le besa la boca leprosa³.

En el siglo XX, las actitudes se exacerban marcadamente con respecto al llamado «problema religioso». Sin duda para apartar demandas de investigación de responsabilidades a raíz de la derrota del 98, los gobiernos liberales de principios del siglo lanzaron fuertes campañas anticlericales. Representaciones de *Electra* de Galdós y las propuestas Ley de Asociaciones y Ley del Candado provocaron violentas demostraciones; conventos e iglesias fueron quemados durante la «semana trágica» de 1909. La violencia que acompañaba la polarización de sentimientos religiosos y anticlericales durante la Segunda República es cosa demasiado sabida para ser tratada aquí; solamente quiero mencionar la quema de edificios eclesiásticos aquí en Murcia en mayo de 1931.

En cuanto a la novela, no hubo gran cambio en los primeros años del siglo XX. Con ciertas excepciones, la novela de tesis religiosa continuó en la trayectoria ya establecida en los años 70 del siglo anterior.

Voy a hablar primero de la novela anticlerical. Galdós, el autor de *Electra*, se revela fuertemente anticlerical en los *episodios nacionales* de la cuarta y quinta series, escritas entre 1902 y 1912. Ataca el papel de la iglesia en la sociedad y la política españolas. La iglesia sirve los intereses de los ricos. Como pide la mujer de un usurero en *Las tormentas del 48*: «Fomentemos también la religión, de la que nace la conformidad del pobre con la pobreza. ¿Para qué pagamos tanto clérigo, y tanto obispo y tanto capellán, si no es para que enseñen a los míseros la resignación, y les hagan ver que mientras más sufran aquí, más fácilmente ganarán el Cielo?»⁴. El fanatismo religioso forma parte integral del temperamento español: «Dentro de cada español... hay un sayón o un fraile. La lengua que hablamos se presta como ninguna al escarnio, a la burla, y a todo lo que no es caridad ni mansedumbre?...»⁵. La devoción a imágenes religiosas es síntoma de la ausencia de una verdadera fe religiosa en España: «¿No te parece que sobre todas las estupideces humanas está la de adorar a estos santos de palo, más sacrílegos aún cuando los visten ridículamente?, un pueblo que adora esas figuras y en ellas pone toda su fe, no tiene verdadera religión»⁶. En el último párrafo de *Cánovas*, escrito en 1912, Galdós, por boca de Mariclío, pide una Revolución total. Si no se destruye la casta política dominante en España, «acabarán por poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil, y hasta la independencia nacional, en manos de lo que llamáis vuestra Santa Madre Iglesia»⁷.

3 Para un estudio del antisemitismo de *Una cristiana*, *La prueba*, véase DENDLE, B. J.: «The Racial Theories of Emilia Pardo Bazán», *Hispanic Review* 38 (1970): 17-31.

4 PEREZ GALDOS, B.: *Las tormentas del 48* (Madrid, 1902), pág. 302.

5 PEREZ GALDOS, B.: *La revolución de julio* (Madrid, 1903), pág. 19.

6 PEREZ GALDOS, B.: *Narváez* (Madrid, 1902), pág. 126.

7 PEREZ GALDOS, B.: *Cánovas* (Madrid, 1912), pág. 278. Para un estudio detenido del anticlericalismo de los *episodios nacionales* de Galdós, véase DENDLE, B. J.: *Galdós: The Mature Thought* (University Press of Kentucky, 1980), *passim*.

En los primeros años de este siglo Blasco Ibáñez continúa sus ataques contra la Iglesia. En *Entre naranjos* (1900), la Iglesia representa la superstición, el fanatismo, la oposición a todo progreso y a todo gozo humano. La esposa católica no es capaz de amor: «La buena esposa debía resignarse, para tener hijos... y nada más; lo que no fuese esto era porquerías, pecados y abominación». Para oponerse al estéril concepto católico del matrimonio, Blasco Ibáñez, como Galdós, diviniza un amor humano que, en *Entre naranjos*, parece una fuerza vital de la naturaleza, un amor consumado entre el escenario de una ópera wagneriana. Las aspiraciones del alma, del Amor, de la Belleza y de la Naturaleza se afirman solamente desafiándose a la Iglesia.

En *La catedral* (1903), Blasco Ibáñez explica la pobreza agrícola de España, «ese cultivo de secano», por el fatalismo religioso que «confía en la rogativa y en la lluvia del cielo más que en los adelantos de los hombres». Atacando la riqueza y el papel opresivo de la Iglesia en la vida española, el héroe anarquista de *La catedral*, Gabriel Luna, se presenta como un nuevo Cristo: predica a los pobres y a los oprimidos; sufre el «martirio», traicionado por los que ama.

En *El intruso* (1904) los jesuitas, por medio del confesonario, se apoderan de la industria de Bilbao, persiguiendo a todos los que se oponen a sus planes y sosteniendo el nacionalismo vasco, violento y reaccionario. En la vida de la familia, es el sacerdote, no el marido, quien domina en la casa; por esa razón, el cariño no puede existir en el matrimonio católico. Bajo la dominación jesuita, Bilbao se convierte en una ciudad triste, llena de represiones y perversiones sexuales. Los héroes de la novela, un joven médico y un joven ingeniero, se dedican a defender las víctimas de la explotación clerical. Los jesuitas, declara Aresti, provocan matanzas sangrientas por el placer de desfilar con un pedazo de palo —emplea también la palabra *fetiché*— mientras no hacen caso de los verdaderos enemigos de la humanidad: el hambre y la injusticia. La Humanidad del futuro, dice, «adoraría en el infinito de su idealismo las dos únicas divinidades de la nueva religión: la Ciencia y la Justicia Social»⁸.

En *La bodega* (1905), Blasco Ibáñez continúa su acusación de que la Iglesia defiende un sistema de injusticia social. En contraste con los católicos, retratados como cínicos imbéciles, un santo laico, Fernando Salvatierra (versión ficticia del Fermín Salvoechea histórico), da a comer a los hambrientos y viste a los enfermos. El Nuevo Redentor será Lucifer —la Rebelión Social— el único amigo de los que sufren. En *Los muertos mandan* (1908), el novelista valenciano ataca una Iglesia que, llamándose «universal», ha perseguido a los *chuetas* de Mallorca. «Matemos a los muertos: pisoteemos los obstáculos inútiles, las cosas viejas que obstruyen y complican nuestro camino. Todos vivimos con arreglo a lo que dijo Moisés, a lo que dijeron Buda, Jesús, Mahoma u otros pastores de hombres, cuando lo natural y lo lógico sería vivir con arreglo a lo que pensamos y sentimos nosotros mismos». Blasco Ibáñez

8 BLASCO IBAÑEZ, V.: *El intruso* (Valencia: Prometeo, s.a.), pág. 324.

modera su anticlericalismo solamente con *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916), cuando sacerdote y ateo se juntan para oponerse a la barbarie germánica.

En una de las primeras novelas de la llamada Generación del 98, *Las ingenuas* (1901), Felipe Trigo pinta la pobreza, la corrupción, la decadencia moral del pueblo de Alcolea, microcosmos de España. Trigo propone la destrucción total de la Iglesia en España. Las enseñanzas y las prácticas de la iglesia han causado la degeneración nacional y la desgracia individual. Para Trigo, el problema sexual es el problema central de España. La ley natural, pretende, implica una armonía dinámica entre la razón y el cuerpo, armonía que encuentra su plena expresión en el amor sensual. «... el amor es la única oración que puede subir desde la tierra al cielo». Las doctrinas católicas de la renunciación y de la castidad son perversas; la felicidad humana se obtiene satisfaciendo los instintos sexuales. Los ideales españoles de fidelidad, de honor, y de pureza son conceptos egoístas, contrarios a la Naturaleza. Trigo —héroe de la guerra de Filipinas— contrasta la actitud enérgica y práctica de los ingleses, los cuales se ocupan de la vida en la tierra, con la de los católicos españoles, fatalistas y fanáticos como los pueblos de Asia. «[Los ingleses]... pueblo sin lazos de tradición que surgía ahora fuerte e invencible por haber mirado a la tierra, mientras miraban al cielo los latinos también contagiados del fanatismo que al caer desde el Asia en Roma salpicó el Mediterráneo»⁹. «Los ingleses eran los que aquí faltaban; pero, ¿quién sabe si vendrían!» (*Las ingenuas*, II, 279). El anticlericalismo de Trigo se mitiga hasta cierto punto en *El médico rural* (1913). Sin embargo, un sacerdote —un sacerdote incrédulo— no puede resolver los problemas espirituales del protagonista, quien al fin pone su fe en un socialismo que traerá «los idílicos amores y el trabajo sin codicias».

En *A.M.D.G.* (1910), Ramón Pérez de Ayala lanza un fuerte ataque contra el sistema pedagógico de los jesuitas. Los profesores jesuitas son unos sádicos fatuos, ignorantes y autoritarios; aterrorizan a sus alumnos; se gozan torturando y violando; sus medios llevan a estudiantes idealistas a la locura y a la muerte. Aparte de la virulenta nota personal de su ataque —Pérez de Ayala basa su novela en su propia experiencia como interno— Pérez de Ayala acusa a los jesuitas de ser materialistas, encontrando expresión este materialismo en el culto del Sagrado Corazón y en los *Ejercicios Espirituales*; no puede aceptar la enseñanza jesuita de que el hombre fue creado para sufrir en este mundo; tampoco puede reconciliar que el hombre fuera creado en la imagen de Dios con el concepto jesuita de la corrupción innata del hombre. [Es interesante notar aquí que un antiguo profesor de Pérez de Ayala, Julio Cejador, en su libro *Mirando a Loyola* (1913), confirma las acusaciones de su alumno. Para Cejador, los jesuitas no son cristianos, porque practican la traición, el sacrilegio, la hipocresía y la discordia.] En novelas posteriores de

9 TRIGO, F.: *Las ingenuas* (Madrid: Renacimiento, 1919), II, 61.

Pérez de Ayala, se reemplaza la amargura de *A.M.D.G.* con una tolerancia total. «Hay tantas verdades irreductibles como puntos de vista», dice en *Belarmino y Apolonio*.

Quiero hablar ahora de dos novelistas católicos, de índole muy distinta: Ricardo León y Concha Espina. El catolicismo de Ricardo León representa, en muchos aspectos, una regresión a la ideología de los integristas del siglo XIX. León odia el republicanismo, el socialismo y todo lo que sabe a influencia extranjera. Tiene una visión de una España eterna formada de cruzados, de místicos y de caballeros. El catolicismo se identifica con la monarquía española; la gloria militar se equivale al amor de Dios.

En su primera novela, *Casta de hidalgos* (1908), León indica ciertos peligros de la vida moderna: el salir de su pueblo, la vida de la ciudad, los libros, el intelectualismo. A un hidalgo se le permite leer solamente las obras de Amós de Escalante, Alarcón, Pereda y Menéndez Pelayo; el satírico Padre Coloma es demasiado peligroso. El mundo ideal es el del pueblo muerto de Santillana, donde hay solamente hidalgos y campesinos, donde no hay envidia ni guerra de clases y donde prevalece la fe serena de la Edad Media. No se puede cuestionar la fe católica; la curiosidad intelectual se condena, porque conduce a la pérdida de la fe y de la felicidad; no se puede concebir una vida sin fe religiosa. El progreso es satánico y conducirá a la degeneración racial: «—Yo odio y niego... ese progreso que defiendes y predicas, ese progreso contra Dios, forjado por manos de Luzbel; ese espíritu moderno que convertirá el mundo, si la Providencia no lo remedia, en un campo estéril donde una tribu de enanos, tamaños como topos, vivirá después de haber suprimido dioses y héroes, con arreglo a un cálculo algebraico o una fórmula química»¹⁰.

En *Alcalá de los Zegries* (1909), León exalta el sacrificio cristiano en términos casi budistas: «La vida es dolor, porque la vida es deseo y el deseo es dolor... Sólo nos resta matar los deseos al nacer... que es cuando menos duelen... Y ya que todo en el mundo es dolor... escoge el dolor más útil y más santo: el dolor del sacrificio»¹¹.

En *El Amor de los Amores* (1910), León celebra el verdadero valor espiritual de España, una España formada del misticismo, de las glorias de la historia española, de Don Quijote, y del código de honor. El protagonista de la novela, después de haber conquistado todo deseo terrenal, sigue los pasos de los santos y héroes de un pasado idealizado: «Era su empeño recoger por todos los lugares que recorría las memorias perdurables de los santos y de los héroes, los recuerdos y cenizas de la grande España, caballeresca y religiosa; el espíritu de la raza descubridora de mundos, pobladora del cielo y de la tierra»¹².

El ataque contra el mundo moderno continúa en *Los centauros* (1912). El

10 LEON, R.: *Casta de hidalgos* (Madrid: Renacimiento, s.a.), pág. 88.

11 LEON, R.: *Alcalá de los Zegries* (Madrid: Renacimiento, 1913), pág. 320.

12 LEON, R.: *El Amor de los Amores* (Madrid: Renacimiento, 1917), págs. 296-297

pecado —eso es, el deseo de la gloria material, la sensualidad, la asociación con periodistas o con una francesa que lee a Ibsen— produce el sufrimiento y la locura... En *El hombre nuevo* (1925), distintos personajes representan actitudes modernas: la ciencia, el comunismo, el panteísmo, el arte, la vida de acción, el racionalismo. El hombre debe escoger, no entre la razón y la superstición, sino entre el bien y el mal.

En *Bajo el yugo de los bárbaros* (1932), León evoca los sufrimientos de los españoles bajo la Segunda República. En esta novela, hay un choque entre las dos Españas, la verdadera España caballeresca y cristiana y la falsa España de la República, una España ocupada por las hordas asiáticas de la barbarie roja, los agentes del Anticristo. La España republicana es una España de tortura, de hambre, de abortos, de esterilización, de desnudismo, de cremación y de amor libre. Los republicanos quieren destruir la familia; odian la inteligencia y *los valores eternos*. El socialismo, el comunismo, el republicanism, el paganismo y el hermafroditismo son los disfraces del Anticristo. El Apocalipsis ha llegado. La *bestia roja* es la Revolución, montada por la *gran prostituta* (la ciudad —eso es, Babilonia, Nueva York, Berlín, París, Londres y Moscú). Los cuatro jinetes son el judaísmo, el paganismo, la herejía y la apostasía. Se puede combatir al Anticristo solamente con la férrea disciplina del fascismo. El protagonista de la novela tiene una visión del porvenir: los hombres vivirán en una obscuridad universal, convertidos en salvajes y degenerados, hasta que España se salve cuando llegue un caballero, a la cabeza de una flota de galeones llevando la bandera roja y gualda, para matar el dragón.

En *Roja y gualda* (Madrid, Edit. Hernando, 1934), León narra el destino de España entre 1898 y 1931, desde el Domingo de Ramos hasta la Crucifixión, como dice. El verdadero español tiene que hacer cara a dos formas igualmente repugnantes del materialismo: el capitalismo y el marxismo. «...figuraos, por remate, la tortura de una conciencia cristiana, de un espíritu apasionado de Santa Teresa de Jesús, hoy entre los fuegos de estos dos materialismos en choque, el capitalista y el marxista, el proletario y el burgués, enemigos a muerte, pero tan semejantes en el fondo como engendros que son de una sola veracidad, de una misma y grosera superstición» (pág. 17). Una primera tentativa de revolución secular, la de los masones y de los banqueros judíos, fue combatida por Primo de Rivera: «...fue el Dictador, aquel que había de sostener sobre sus hombros hasta morir del esfuerzo, la gloriosa pesadumbre de la Patria, y clavar la bandera, la de sangre y oro, símbolo de su Historia, en Alhucemas, con la sonrisa heroica, ya olvidada, de nuestros grandes caudillos en Italia y Flandes, en Méjico y en Orán...» (pág. 250). La abdicación de Alfonso XIII se compara al sacrificio divino de Cristo «ante la sola vislumbre de una guerra civil, prefirió sacrificarse y, a imitación de Cristo, pagar él, único español sin culpa, las culpas de todos los españoles» (pág. 270).

Quiero mencionar ahora a cuatro novelistas que se distinguen en cierto modo de la actitud de agresiva polémica al tratar temas religiosos. Miguel de Unamuno, aunque obsesionado en sus poemas y ensayos con la idea de Dios

y de la inmortalidad, da poco espacio a la religión en sus novelas. En *Paz en la guerra* (1897), la disputa religiosa durante la guerra carlista es cuestión superficial, porque los liberales de Bilbao son tan piadosos como sus adversarios carlistas. La verdadera historia es la *intrahistoria* que no cambia. La ideología tiene poca importancia comparada con las fuerzas de la raza, de la maternidad y de la Naturaleza; la religión forma solamente parte de la cultura de uno, y no es asequible a la razón o a la discusión. *San Manuel Bueno, mártir* (1930) es menos novela de tesis religiosa que la expresión de una paradoja intelectual. El sacerdote don Manuel, hereje, declara que no hay una única verdadera religión: «Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que le ha hecho»¹³.

Pío Baroja, tan anticlerical como el joven Galdós, es hombre del siglo XX en su oposición a toda utopía anarquista o socialista con que reemplazar el dogma católico. El relativista Baroja no ofrece soluciones a problemas humanos o trascendentales. Para Baroja, dos actitudes son posibles en toda cuestión: la agnóstica y la teleológica. Como explica en *Las horas solitarias*, el agnóstico niega la posibilidad de conocer los fines del Universo o de la Humanidad; el teleólogo cree que el Universo y la Humanidad tienen un fin trascendental. La actitud agnóstica es crítica, científica, determinista e intelectual. La actitud teleológica se expresa en creencias religiosas o humanistas, la creencia en la Divina Providencia o en el Progreso Humano, por ejemplo. Las opiniones anticlericales, de menosprecio de creencias y comportamiento católicos, emitidas en las novelas de Baroja, no necesitan mención aquí. Sin embargo, Baroja lanza sus críticas desde una posición ética, un fuerte sentido de compasión para los que sufren. Así, como Galdós, acusa a la Iglesia de no practicar esas virtudes de amor al vecino, de humildad y de caridad, que para el novelista vasco son la esencia de la enseñanza cristiana.

Las novelas de Concha Espina, aunque poco leídas hoy y a pesar de una prosa que tiene demasiados resabios simbolistas, tienen más valor literario que las de sus precursores en la novela católica. Sus novelas pueden —es una gran simplificación, claro— dividirse en dos clases: en novelas de interés psicológico, donde explora las almas de mujeres que se dedican a vidas de resignación y de sufrimiento cristiano, y en novelas sociales.

La primera de las novelas psicológicas es *La niña de Luzmela* (1909). Espina, a diferencia de Alarcón, Pereda y León, se niega a ofrecer solución católica para todo problema individual. Así, las doctrinas de la *Imitación de Jesucristo*, aunque admirables, no son aptas para todos; en efecto, la protagonista Carmencita se enferma con la mortificación y al fin acepta la vida y el amor humanos. En *Despertar para morir* (1910) y *Agua de nieve* (1911), los valores espirituales dan más sentido a la vida que las aspiraciones egoístas y

13 UNAMUNO, M. de: *San Manuel Bueno, mártir* (Madrid: Espasa-Calpe, 1933), pág. 79.

materiales. En *La rosa de los vientos* (1919), historia de las inquietudes de una adolescente, un sacerdote no sabe aconsejar a la protagonista, quien aprende con la experiencia la verdad de la divisa de su familia: «Velar se debe a la vida de tal suerte / Que viva quede en la muerte».

Una nota nacionalista entra en *El cáliz rojo* (1923). La heroína, Soledad Fontenebro, simboliza el sentido espiritual de la mujer, el triunfo del espíritu sobre la materia: «No es la doncella ignorante y aprehensible, ni la santa que renuncia y se sacrifica... ama con pasión incorruptible; padece los enconos insanos; llora y desconfía; reza y aguarda: polvo escogido lleva la señal de Dios en la frente»¹⁴. Soledad Fontenebro simboliza también la misión redentora de España, en contraste con la corrupción y el materialismo de Alemania: «Soledad es un símbolo, una categoría, un linaje preclaro que se erige sobre el podrido corazón de Europa en nombre de una patria creadora de mundos; es un haz de fuerzas inmortales que viene del Mediodía redentor, prometiendo y rezando, como un murmullo del Destino» (pág. 709). El tema de la misión redentora de España continúa en *Altar mayor* (1926). España encabezaría una nueva Reconquista, dirigida a los mundos hispánico e islámico, basada en el nuevo ideal de Covadonga, la comprensión mutua.

Las dos novelas sociales de Concha Espina son *La esfinge maragata* (1913) y *El metal de los muertos* (1920). En *La esfinge maragata*, Espina retrata la vida áspera de la región de Astorga, con la explotación de la mujer, la pobreza total, las supersticiones y la imposibilidad de la evasión. La Iglesia tiene un papel muy limitado; no puede eliminar la superstición; tampoco puede erradicar problemas sociales predicando la caridad. El primer deber de un humilde cura es de encontrar comida para sus feligreses a quienes no condena por sus supersticiones y su obsesión con el dinero. En *El metal de los muertos*, Concha Espina presenta una lucha épica entre las fuerzas de la Humanidad y las del Mal, entre los mineros oprimidos y la explotación extranjera. Los obreros en huelga representan el verdadero cristianismo. Los obreros piden la justicia, no la caridad. La iglesia ha fracasado; sus sacerdotes defienden los intereses de los ricos. Como en las novelas de Blasco Ibáñez, de Pío Baroja y de Ricardo León, el ideal revolucionario tiene origen cristiano. En *El metal de los muertos*, el protagonista Gabriel ofrece su vida a los mineros. En esta novela, las creencias de los cristianos y de los anarquistas se juntan; por el sufrimiento y el sacrificio de los mineros nace un nuevo mundo, de la misma manera que el sacrificio de Cristo redimió del pecado a la Humanidad.

El último novelista que quiero mencionar aquí es Gabriel Miró. Sus dos novelas que tratan la cuestión religiosa —*Nuestro padre San Daniel* (1921) y *El obispo leproso* (1926)— tienen los mismos temas que las novelas de Galdós y Blasco Ibáñez: la fatuidad y la ignorancia de los jesuitas, la puerilidad de muchos creyentes, el choque entre las fuerzas de la vida (la maternidad, el amor, el gozo corporal) y una Iglesia obsesionada con el pecado. Sin em-

14 ESPINA, C.: *El cáliz rojo, Obras completas* (Madrid: Fax, 1955), I, 705.

bargo, la lucha dramática entre la Naturaleza y el sentimiento de pecado desaparece con la revelación de la infelicidad de Alvaro y de Elvira. El ataque contra las supersticiones, puerilidades y perversiones de los católicos de Oleza desaparece en una ola de simpatía para las monjas ingenuas, el obispo compasivo y el jesuita que llora. Los ataques contra la Iglesia no conducen a ninguna parte, porque Miró no ofrece alternativo modo de vivir. Nada de lo que ocurre en Oleza tiene trascendencia religiosa; la cuestión religiosa no tiene mayor importancia que las ventas de pasteles hechos por las monjas.

Quisiera ahora presentar unas breves conclusiones. La cantidad de novelas de tema religioso indica la importancia de esta cuestión a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX. La actitud de los novelistas sorprende a veces. Católicos defienden la utilidad de la religión; anticlericales pretenden que ellos, y no la Iglesia, representan el verdadero espíritu de Cristo.

Los novelistas católicos no son unánimes en su concepto del problema religioso. Alarcón y Pereda buscan la seguridad del pasado. Ricardo León pide una cruzada contra la civilización moderna. Solamente Pardo Bazán y Concha Espina quieren acercarse al mundo actual. La actitud de los novelistas católicos es sobre todo de miedo: miedo al presente, miedo a la ciudad, miedo a nuevas ideas. El ideal católico no es solamente del pasado; es de una España rural. La novela católica española tiene propósito más nacionalista que universal. Un síntoma de la corrupción de la aristocracia madrileña en *Pequeñeces* es su imitación de costumbres francesas e inglesas; en la misma novela, Garibaldi y los masones se interponen en asuntos españoles. Ricardo León desconfía de toda idea extranjera, con la excepción del nazismo alemán y el fascismo italiano. Concha Espina, en *Altar mayor*, rechaza santos y devociones franceses en favor del ideal español de Covadonga; la heroína de *El cáliz rojo* prefiere la compañía de un judío sefardí a la de los alemanes materialistas; los católicos extranjeros de *El metal de los muertos* desconocen el verdadero sentido de la religión. Los novelistas católicos tienen miedo también al estudio y a los libros. El verdadero católico, para Alarcón, Pereda y León, no tiene dudas en materias religiosas; su fe en la Iglesia y en España es automática.

La afirmación de Azaña que «España ha dejado de ser católica» parece confirmarse en las obras de los novelistas católicos. Con las excepciones de Pardo Bazán y de Concha Espina, quienes tratan problemas espirituales de individuos, no se consideran problemas espirituales interiores. Con la excepción de novelistas anticlericales y algo anarquistas, hay poca mención de Cristo y de los Evangelios. Más bien, el cristianismo se presenta en términos del nacionalismo español o del paraíso rural. El catolicismo pertenece a un pasado idealizado; el futuro de España pertenece a Satanás. El hondo pesimismo de los novelistas católicos, su concepto de la religión como una pasiva resignación al dolor, nos hace recordar las palabras de Bernanos: «Le contraire d'un peuple chrétien, c'est un peuple triste, un peuple de vieux»¹⁵.

15 BERNANOS, G.: *Journal d'un Curé de Campagne* (Paris: Plon, 1936), pág. 22

En contraste con el pesimismo de los novelistas católicos, las novelas anticlericales, con la excepción de las de Baroja, están llenas de esperanza y de entusiasmo. Estos novelistas no se oponen a valores religiosos; más bien, atacan la falta de caridad en los católicos españoles y se oponen a la enseñanza católica de la mortificación y de la castidad. Los héroes anarquistas representan el espíritu de Cristo, defendiendo a los pobres y a los obreros y a los ideales de Justicia Social y de Fraternidad.

Todos, católicos y anticlericales, asocian el llamado problema religioso con el porvenir de la nación. Quizá por esa razón, sus novelas son novelas de combate y no novelas de temas espirituales. No encuentro equivalente español de novelistas como François Mauriac, Graham Greene o Georges Bernanos que exploran las relaciones entre el hombre y Dios. Solamente unos pocos novelistas escapan del fervor sectario, y eso solamente en parte. Para Unamuno, en *Paz en la guerra*, el problema religioso es un problema falso. El anticlerical Baroja ofrece la reacción de un individuo atrabiliario más bien que la de un partidario. Gabriel Miró trata la cuestión religiosa con menos fervor que los novelistas del siglo XIX. En algunas novelas de Concha Espina, católicos y anarquistas reconocen que siguen el mismo ideal. Desgraciadamente, el movimiento hacia la tolerancia o la armonía que vemos en ciertos novelistas religiosos y anticlericales tuvo poca resonancia entre los exagerados odios sectarios de la España de los años treinta.